

Arturo Torres Rioseco

## La novela en América

ISAACS - BLEST GANA - RICARDO PALMA



**E**N *María*, <sup>(1)</sup> de Jorge Isaacs, <sup>(2)</sup> la influencia del romanticismo francés es indiscutible. Si como poeta Isaacs puede ser considerado discípulo de Lamartine, en su novela nos parece ver una adaptación americana de *Paul et Virginie* o de *Atala*.

*María* ha sido la más leída de todas las novelas hispanoamericanas; varias generaciones de adolescentes han vibrado con estas páginas de agudo sentimentalismo y emoción pura, y aun hoy el lector moderno, cansado de técnicas complicadas y temas primitivos y brutales, puede encontrar solaz en las páginas ingenuas y sencillas de la novela colombiana.

Al volver de la escuela de Bogotá al valle del Cauca, Efraín halla su primita huérfana, *María*, convertida en mujer. Los jóvenes se enamoran profundamente

---

(1) 1867.

(2) 1837-1895.

y viven breves horas de felicidad rodeados de parientes y fieles servidores. Pero María sufre de epilepsia y para evitar que con las emociones del amor se intensifique el mal, el padre de Efraín dispone que su hijo vaya a Europa a terminar sus estudios de medicina. Durante su ausencia María se agrava y, temiendo por su vida, los padres deciden la vuelta de Efraín. Vuelve éste, pero es ya demasiado tarde. A su llegada María acaba de morir.

¡Chactas y Atala; Pablo y Virginia! Pero ahora mucho más humanizado, en el ambiente bucólico del valle del Cauca, donde vivió su juventud Jorge Isaacs. A pesar de su tono ingenuo y candoroso esta novela nunca cae en las exageraciones pueriles o fantásticas de Chateaubriand o de Saint Pierre, y aunque no se puede decir de Isaacs—como se ha afirmado de Chateaubriand—que sea el mejor poeta en prosa de la lengua, el estilo de María es de idilio y de elegía; el idilio de dos almas jóvenes que se encuentran al despertar a la primavera de la vida: la elegida del amor trunco, de la vida breve; la muerte de la juventud y la belleza.

Isaacs posee el don del sentimiento; sus páginas están llenas de presentimientos tristes, augurios fatales, dolor y muerte. Además del destino doloroso de sus personajes, al lado del argumento trágico, está la expresión flébil y nostálgica del autor; su actitud elegíaca. Su frase se desliza suave como una remembranza, con un sueve temblar de hojas otoñales, con susurros de crepúsculo.

El paisaje está magistralmente interpretado según los cánones del romanticismo, interpretado, más que a través de un temperamento, a través del recuerdo:

«Así el cielo, los horizontes, las pampas y las cumbres del Cauca, hacen enmudecer a quien los contempla. Las grandes bellezas de la creación no pueden a un tiempo ser vistas y cantadas: es necesario que vuelvan al alma empalidecidas por la memoria infiel».

Pero es éste un paisaje real, no inventado de acuerdo con una fórmula literaria, sino ligeramente cubierto por un velo de sensibilidad:

«Las garzas abandonaban sus dormideros, formando en su vuelo líneas ondulantes que plateaban el sol, como cintas abandonadas al capricho del viento. Bandadas numerosas de loros se levantaban de los guadales para dirigirse a los maizales vecinos y el diostedé saludaba al día con su canto triste y monótono desde el corazón de la sierra».

Paisaje que disuelto en el alma del poeta, elaborado allí se hace elegía y acaso ya no sea el que ven todos los ojos:

«Ya empezaba a oír el ruido de las corrientes del Zabaletas; divisaba las copas de los sauces. Detúveme en la asomada de la colina. Dos años antes, en una tarde como aquélla, que entonces armonizaba con mi felicidad y ahora era indiferente a mi dolor, había divisado desde allí mismo las luces de ese hogar donde con amorosa ansiedad era esperado. María estaba allí... Ya esa casa cerrada y sus contornos solitarios

y silenciosos; entonces el amor que nacía y ya el amor sin esperanza. Allí, a pocos pasos del sendero que la grama empezaba a borrar, veía la ancha piedra que nos sirvió de asiento tantas veces en aquellas felices tardes de lectura. Estaba al fin inmediato al huerto confidente de mis amores: las palomas y los tordos aleteaban piando y gimiendo en los follajes de los naranjos: el viento arrastraba las hojas secas sobre el empedrado de la gradería».

Los caracteres de María son todos de una pieza, pero Isaacs tuvo el sentido de armonía suficiente para colocarles en un ambiente limitado de modo que todos forman una especie de síntesis del hogar patriarcal del campo colombiano. Fuera de ese límite convencional resultarían artificiales, absurdos tal vez, y es por eso que cuando Efraín viaja por Europa y se pone en contacto con hombres diferentes nada sabemos de él y le seguimos considerando en relación constante con los otros caracteres de la novela.

Hay bastante color local en María. Además del paisaje y de la indumentaria nos da el autor cuadros de costumbres de típico interés, como son: el matrimonio de los servidores, el baile, y en especial las escenas de vida campesina entre las que figura la caza del tigre, página magistral que ya ha aparecido en muchas antologías. Pero a pesar de estos detalles que dan su aspecto americano a María la fama de la novela está fundada en la universalidad de su significado; el amor y la muerte.

Poseía Isaacs dones de verdadero narrador y temperamento de poeta y por su única novela—perdonándole los defectos propios de la escuela en que fué concebida—debe ser considerado como uno de los valores más definidos de la literatura hispanoamericana. (1)

En el último cuarto del siglo XIX y coincidente con el gran impulso lírico llamado modernismo, hay un gran florecimiento novelesco. Ya Alberto Blest Gana (2), cuyo gran ideal consistía en ser llamado «el Balzac chileno», había publicado su obra representativa; Martín Rivas llega a concretar sus dones de observador minucioso de la vida nacional y su sentido del humorismo, lindante a veces en el ridículo; le faltan la intensidad y la pasión de su prototipo francés y únicamente es meritoria su labor cuando se limita a la descripción de escenas y cuadros populares. Quiso, siguiendo el método de Balzac, trazar la historia interna de la nación chilena, desde los días angustiosos en que vacilaba la república en ciernes (Durante la Reconquista), hasta los momentos fa-

---

(1) La influencia de «María» ha sido enorme en nuestros países.

Véanse, entre otras, las siguientes novelas: Peonía, de Romero García; Josefina, de Darío Salas; Lucía, de Emilio Constantino Guerrero; Carmen, de Pedro Castera; En el cerezal, de Daniel Samper Ortega; Angelina, de Rafael Delgado.

(2) Principales novelas de Blest Gana (1830-1920): Martín Rivas, 1862 (Tr. inglesa por Mrs. C. Whitham, New York, 1916); El ideal de un calavera, 1863; Durante la Reconquista, 1897; Los trasplantados, 1904; El loco Estero, 1909.

tales en que se desintegran las familias en un ambiente extranjero, debilitadas moralmente por una cultura mal entendida (Los trasplantados). Toda suerte de individuos, profesiones, clases sociales, atraviesan por las páginas de sus novelas y desfilan ante los ojos certeros del observador, que tiene una sonrisa burlona para los cretinos, pretensiosos, egoístas, hipócritas, y un noble signo de simpatía para los sinceros, los luchadores, los nobles. Blest Gana es el novelista chileno por antonomasia, el pintor del campo y de la ciudad, del pueblo, de la clase media y de la aristocracia. Su programa de trabajo es en sí un acierto formidable; su constancia es digna de la más absoluta admiración; su patriotismo, un noble ejemplo; pero, desgraciadamente, no son éstas las cualidades básicas del novelista, y con todas ellas, Blest Gana está muy lejos de ser un gran escritor de obras estéticas. No se puede negar que sus libros sean documentos preciosos para estudiar la historia, la sociología, las costumbres chilenas del siglo pasado, pero su fantasía es de corto vuelo, su gusto literario de dudosa pureza, su estilo desaliñado, incorrecto, horro de gracia. No poseía Blest Gana el don interno del escritor racial, el ritmo del idioma, el arte del bien decir, y no llegó jamás al fondo de las almas, al abismo del dolor humano, como su maestro francés. Con todo, es nuestro único novelista digno de tal nombre en el siglo XIX, y su ejemplo de nacionalismo literario ha sido muy útil para ciertos escritores con-

temporáneos, como Eduardo Barrios, Rafael Maluenda, Fernando Santiván y Joaquín Edwards Bello.

El caso opuesto a Blest Gana lo hallamos en Ricardo Palma, <sup>(1)</sup> quien, siendo más genuinamente novelista que historiador, nos dejó el rico caudal de su obra semihistórica que él llamó «tradiciones», comentario regocijado de la historia colonial del Perú. Para Palma, toda la colonia fué rica mina de temas históricos, que él interpretó con su fértil imaginación, dándoles un especial encanto literario. Sus tradiciones no pertenecen al género novelesco, pero el conjunto de todas ellas podría constituir la novela síntesis de la nación peruana. Palma es, ante todo, el cronista, el legítimo descendiente de aquellos otros del siglo XVI, pero muy ducho en artes de ironía, como buen conocedor que era de Quevedo, de Voltaire y de Anatole France. La tradición es la anécdota histórica, el comentario picante de los hechos reales o imaginados, que se expresan en forma de cuento breve. Ventura García Calderón nos la explica:

«No siendo historia ni novela, ¿de qué modo podría definirse? Como todas las cosas ingeniosas y volátiles, no cabe en el casillero académico de una definición. Además, las tradiciones cambian de forma y de carácter con el humor veleidoso del narrador. Algunas aban-

---

(1) Ricardo Palma, 1833-1919. *Tradiciones*, prim. serie, 1875. *Ropa vieja*, 1889. *Ropa apolillada*, 1891. *Cachivaches*, 1900. *Mis últimas tradiciones peruanas*, 1906.

donan casi la historia, son invenciones bordadas sobre algún hecho vago; otras tienen apenas tema; son anécdotas a propósito de un suceso curioso, de un individuo interesante, como por ejemplo, las anotaciones brevísimas que este agradable zurcidor de «ropa vieja» llamó pintorescamente «hilachas». También la manera es desigual. Aquí burlona, allí candorosa para contar un milagro, después libertina como una facecia del Aretino; luego trágica y, en fin, pueril, con una simplicidad de abuela cotorra, que, como ha perdido la memoria, les cuenta a sus nietas un cuento azul sin saber si es recuerdo de mocedad o fantasía. Sucesivamente nos acordamos de madama d'Aulnoy, de Voltaire, de Bocaccio y hasta de la novela picaresca. Pero soportan las tradiciones la comparación con las obras maestras del cuento popular. Su manera es original, inconfundible (1).

Casi siempre la tradición comenta un hecho cómico, aunque muy a las perdidas se acerque también a la tragedia; es breve, intencionada, punzante, ya sea al describir las indiscreciones de una dama, las aventuras amorosas de un virrey o el libertinaje de un señor abad. El estilo es rico y castizo, aunque enriquecido con una infinidad de palabras nuevas, arcaísmos, voces populares. Si Blest Gana reconstruye la historia de su patria a la manera de Balzac, Ricardo Palma hace lo

---

(1) *Semblanzas de América*, págs. 96, 97.

mismo con la suya, desde la colonia hasta la guerra del Pacífico, sólo que el escritor peruano nos ha dado, burla burlando, una obra de raigambre estética, cuyo parangón estaría en las páginas gálicas de Rabelais, o en las del nunca bien celebrado padre del Buscón.